

## ¿Qué ES SER GUATEMALTECO?

Rafael Cuevas Molina

**Supongo** que deben ser muchos aquellos a los que esta pregunta les plantea no sólo un estimulante ejercicio para pensar(se) desde el punto de vista de la vinculación con lo nacional sino, también, una variada gama de sentimientos. Mi respuesta a esta pregunta, entonces, tomará en cuenta esas dos dimensiones:

1) La del ejercicio reflexivo en relación al ser guatemalteco, dimensión que parte de una interrogante de carácter existencial, filosófico, pero que entraña una respuesta que debería rebasar ese nivel para convertirse en una que tome en cuenta aspectos de carácter histórico, cultural, económico y otro.

2) La de los sentimientos, es decir, la dimensión subjetiva, motivada por la particular forma como cada uno está en el mundo y vive la relación entre el yo personal y el yo colectivo. Esta otra dimensión no es que esté teñida de subjetivismo, sino que es, eminentemente, subjetiva, y debe entenderse por lo tanto como un sentimiento.

### Qué es ser guatemalteco I: la dimensión racional

Ser guatemalteco a principios del siglo XXI. Cuando Luis Cardoza y Aragón se planteó esta pregunta y elaboró el ensayo que hoy nos mueve a escribir estas reflexiones, la nación formaba parte del debate ideológico de la época.

Por un lado se encontraban los que defendían la nación construida a partir de los grandes movimientos liberales del siglo XIX, la nación burguesa, aquella que respondía a un proyecto que se había empeñado en armar todo un andamiaje institucional, económico y cultural que sostuviera el proyecto de sectores sociales modernizantes en relación al proyecto colonial.

Por otra parte, se perfilaban las fuerzas que cuestionaban las bases de esa nación “burguesa”,

impulsores y defensores de la nación “proletaria”, sustentada en una alianza de obreros y campesinos que redefiniera los términos del pacto social que se encuentra en la base de la nación.

La nación como tal, sin embargo, no se veía cuestionada. Era en su marco y dentro de sus límites en donde debía construirse cualquiera de los proyectos antes mencionados. El problema era cuáles grupos sociales, bajo qué formas de organización estatal, eran los que debían prevalecer. De ahí que la identificación de los sujetos sociales protagónicos, sus alianzas y la naturaleza de las instituciones que impulsarían su proyecto, era fundamental.

La cuestión ahora es cómo se plantea esa misma pregunta a principios del siglo XXI, cuando las bases mismas de la nación se han visto cuestionados desde ciertos puntos de vista. Es decir, ¿cuáles son los contenidos que le dan sentido hoy a esa pregunta, qué es ser guatemalteco, en las nuevas condiciones? Pienso que antes debemos pensar en cuales son esas condiciones específicas en las que existe actualmente la nación guatemalteca para poder respondernos, después, qué es ser guatemalteco en su seno.

Yo partiría de una afirmación: la nación guatemalteca es un proyecto que no ha logrado concretarse totalmente. Es, por lo tanto, un proyecto inacabado, incompleto, omiso en muchos aspectos, estructuralmente limitado. Ha sido liderado por fuerzas sociales excluyentes, que no han logrado incorporar a importantes sectores de la población a su proyecto y que, por lo tanto, carecen de la legitimidad necesaria en amplios espacios de lo que, en principio, debería ser el substrato social básico de la nación.

En mi criterio, esta situación tiene un importante vector histórico que la explica. Es decir, la configuración de la nación guatemalteca ha tropezado con importantes obstáculos en virtud de la herencia histórica a partir de la cual se ha intentado construir. En este sentido, seguramente que las raíces de esta situación deben buscarse en el mismo ordenamiento colonial y en el papel que le

\* Trabajo elaborado con motivo del centésimo aniversario del nacimiento del escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, cuyo ensayo de título homónimo constituye un clásico de la ensayística literaria guatemalteca.

tocó jugar a Guatemala en él. ¿Es necesario extenderse mucho al respecto? Desde la década de 1970, con la publicación de los trabajos de Severo Martínez Peláez y Carlos Guzmán Böckler, independientemente de las diferencias que existían entre ellas, quedó claro que el proyecto de nación prevaleciente, dominante, era uno fragmentado y, muchas veces, encontrado, que debía sus características a la prevalencia de una clase dominante sustentada en la vinculación inequitable con amplios sectores de la población, a los que no podían extraer excedentes de producción si no era a través de formas de explotación no-modernas, lo que se traducía en lo político en la necesidad de su sujeción autoritaria. De ahí la importancia del ejército en nuestra constelación nacional. Éste, junto con la Iglesia, fueron las dos únicas instituciones más o menos “armadas”, es decir, organizadas, coherentemente estructuradas, en las que podían apoyarse las fuerzas liberales que se pusieron como tarea edificar la nación en el siglo XIX. Son conocidas, sin embargo, las posiciones de los liberales respecto a la Iglesia, por lo que fue el ejército, en muy buena medida, la institución a través de la cual se canalizó mucho del proyecto liberal de construcción de la nación.

Desde el punto de vista cultural, las reformas liberales se propusieron desarrollar un proceso civilizatorio que implicaba la asimilación a un ordenamiento que fue entendido como el enfrentamiento entre la civilización y la barbarie. En el caso guatemalteco, la barbarie fue, por excelencia, el indio. Los no indios hicieron todo lo posible, al igual que en muchas otras partes de América Latina, por construir una nación cuyos valores eran, en buena medida, espurios, mala copia, lo que dio como resultado ese adefesio al que se refiere José Martí en su ensayo *Nuestra América*.

Es mi opinión que, en el caso guatemalteco, el pasado colonial autoritario se vio reforzado por el papel protagónico del ejército en las reformas liberales. De ahí que la construcción de la nueva civilización pasara, además, por la incorporación de una serie de patrones culturales provenientes de esa institución verticalista y represora por naturaleza. De acá, en muy buena medida, el carácter violento de la cultura que estuvo en la base de la nación guatemalteca moderna. Es decir que desde sus orígenes existe un “pecado original” que establece límites difíciles de transgredir. Dentro de esos límites está la marca del ejército y del pasado colonial de Guatemala.

En este sentido, coincido con quienes alguna vez, hace unos años, plantearon que el ejército guatemalteco se encontraba en el meollo de la identidad cultural del guatemalteco. Pero, a diferencia de ellos, creo que, precisamente por eso, en nuestros días esta institución debería modificarse, minimizarse su influencia en la

*De acá, en muy buena medida, el carácter violento de la cultura que estuvo en la base de la nación guatemalteca moderna y que no atañe solamente al Estado y sus aparatos, sino a la sociedad en su conjunto*

sociedad y establecerse un nuevo proyecto en el que juegue un papel distinto al jugado hasta ahora en el país.

Las condiciones estructurales, por un lado, y la importante participación del ejército en la puesta en marcha del proyecto liberal constructor de la nación en el siglo XIX han puesto, pues, su sello en la conformación de la identidad cultural de Guatemala. De acá deriva, resulta, una sociedad permeada por el autoritarismo y la violencia, que no conoce (ni histórica ni estructuralmente) cómo utilizar los mecanismos del diálogo y el consenso para la resolución de los conflictos que la aquejan; ducha en el manejo de las habilidades necesarias para vencer al enemigo, pero inútil, minusválida, en aquellas que permiten convencer al contrincante. Esta verdadera cultura de la violencia no atañe solamente al Estado y sus aparatos, sino a la sociedad en su conjunto, es decir, también a la hoy llamada sociedad civil, en donde, por esta dimensión a la que aludo, ser guatemalteco significa, entre otras cosas, estar teñido en mayor o menor medida por estos valores y formas de comportamiento.

Pero, siempre dentro de esta dimensión de la que hablamos y tomando un punto de vista que sólo por el signo de los tiempos nos es dable identificar, no es lo mismo ser guatemalteco que ser guatemalteca, porque, en muy buena medida, y como contraparte de la otra antes especificada, la misma estructura social y la historia del país le ha asignado a ésta otros roles, otro perfil identitario, más asociado a la mansedumbre, al silencio, al recogimiento, al sufrimiento y al sacrificio, lo que no quiere decir que esto lo valoremos como positivo o negativo per se, sino lo enunciamos sólo como constatación de un hecho. Ser guatemalteca en este contexto es ocupar un papel subordinado, sumiso, orientado al servicio del otro, desarrollado en el seno de lo familiar y asociado a sentimientos y formas de ser que la cultura dominante (la patriarcal) mira peyorativamente y valora como secundarias. Estas tienen que ver con lo sensible (dimensión vedada o, por lo menos, regateada al varón), es decir, con los sentimientos y la posibilidad de su exteriorización, sobre todo los asociados al dolor y a la ternura.

Lo que nos mostraría esta dimensión, que ahora analizamos, del ser guatemalteco(a), es una personalidad mutilada, incompleta, lejana de la plenitud, producto de la asignación de roles condicionados histórica y estructuralmente.

Pero esa no es sino una de las múltiples dimensiones que definen y perfilan a lo guatemalteco. Hay otras, entre ellas la étnica, de la que tanto se habla y conoce en nuestros días, de la que el mismo Cardoza y Aragón escribió páginas tan sentidas y brillantes en distintas partes y momentos. Esta otra dimensión también apunta hacia la división, hacia la no unidad, hacia referentes distintos en la construcción de la identidad. Y aunque los matices se multiplican, acá debemos hablar fundamentalmente de la división entre ladinos e indígenas: dos mundos que viven, muchas veces paralelamente, en un solo territorio, encontrándose en todas las esquinas, interdependientes pero separados en muchas formas, en los que se tienen valores distintos, apreciaciones distintas del entorno, tradiciones diferentes. En este sentido, y desde esta dimensión de la que ahora hablamos, existen, por lo menos, dos grandes naciones que conviven en el seno de un mismo territorio, en la cual una es dominante, la de los ladinos, y otra es dominada, la de los indígenas. Son dos mundos que se ven con suspicacia, prejuiciadamente, que incluso, a veces, se encuentran violentamente y se repelen. Estoy consciente de que estas afirmaciones deben matizarse, pensarse más finamente, pero también estoy convencido de que, a grandes rasgos, esta es la situación que se vive.

En esta otra dimensión, entonces, la nación guatemalteca, el Estado nacional, es un proyecto frustrado, permanentemente jaqueado, puesto en entredicho por los hechos que lo cuestionan permanentemente o que, tal vez mejor dicho, evidencian sus límites, su grandes lagunas, su falta de alcance, su falta de legitimidad ante amplios sectores de la población que prefieren regirse por otras reglas que no son las que el Estado quisiera que fueran las de todos los guatemaltecos.

No una sino muchas Guatemalas. No un ser, sino varias formas de ser guatemaltecos(as). Lo cual no sería de por sí pernicioso a no ser porque unas se superponen a otras intentando opacarlas, restarles validez o, incluso, hacerlas desaparecer. Es decir, que lo negativo no está en la existencia de la variedad sino en el irrespeto de unas formas de ser para con otras, en la falta de tolerancia, en la prejuiciada relación de unos con otros.

No una sino múltiples identidades: esa es, también, la fortaleza de los hombres y mujeres que viven en el

Lo negativo no está en la existencia de la variedad, sino en el irrespeto de unas formas de ser para con otras, en la falta de tolerancia, en la prejuiciada relación de unos con otros

territorio de Guatemala. La variedad posibilita el crecimiento, la multiplicidad de puntos de vista, de formas de ver el mundo y de relacionarse con él. Pero variedad respetada, con un lugar para estar y crecer. Desde este punto de vista, ser guatemalteco a principios del siglo XXI es tener ante sí un enorme potencial que no se sabe explotar. Es como estar sentado sobre una mina de oro muriéndose de hambre. El problema no es la variedad, sino la forma como la entendemos y vivimos con ella.

Todo esto en el contexto de la globalización, lo que quiere decir en un espacio mundial en el que se cuestiona la existencia de los Estados nacionales, su fronteras, su soberanía, su capacidad de tener y mantener identidades distintas a las que se vehiculan cotidianamente a través de los medios de comunicación electrónicos y telemáticos, especialmente la radio, el internet y la televisión, que son identidades que nacieron y se han desarrollado en aquellos sitios en el mundo en donde el poder económico y financiero ha posibilitado que ellas se difundan y sean tomadas como modelos independientemente del lugar, las condiciones y las necesidades de la gente. ¿Qué ofrecer, desde la pequeña Guatemala, como alternativa? La identidad multicultural en la que el “ellos” se transforme en el “nosotros” múltiple, respetuoso.

En este contexto globalizado la guatemaltequidad también se vive contradictoria e inequitable. Está la que se vincula a la comunidad, que es más rural, agrícola y lenta; y está la otra, la que se siente cosmopolita, a la que le da el stress, no puede vivir sin el teléfono celular y muere de calor en los embotellamientos de automóviles en las esquinas concurridas de la ciudad, que se expande como una mancha de aceite. Es la @guate.net. Una nueva brecha que se abre y profundiza de la mano de la tecnología. Otras formas de ser guatemaltecos.

La guerra de décadas pasadas, la pobreza estructural y las mayores facilidades de movimiento entre los países ha generado la existencia de otro tipo de guatemaltecos: los guatemaltecos de afuera, es decir, aquellos que no viven en Guatemala porque han tenido que salir por razones políticas o económicas, que viven en Los Ángeles, Nuevo México, Nevada, Texas, México, Costa Rica, Francia o Italia. Los guatemaltecos de afuera constituyen todo un espectro variopinto y muchos de ellos se aferran a una guatemaltequidad que les sirve como tabla de salvación en contextos las más de las veces adversos, no solamente desde el punto de vista económico, sino también cultural. Recorriendo las calles de las urbes norteamericanas, sin empleo fijo ni garantías sociales, ilegales, ejerciendo el rebusque como forma de sobrevivencia y de conseguir algunos centavos que puedan enviarse hasta el terruño para aliviar de alguna forma la precaria situación de los que se quedan, discriminados por ser “hispanicos” (es decir, algo

*Ser guatemalteco a principios del siglo XXI es ser contradictorio, vivir en un territorio ambiguo, muchas veces violento, con manchas de distintos colores que se entrecruzan pero no quieren mezclarse ni estar una junto a la otra, pacíficamente*

así como mexicanos), encuentran en sus rasgos identitarios (la comida, el acento y giros del lenguaje) un refugio para ir la pasando. La identidad de esos otros guatemaltecos es, en buena parte, inventada, porque con el tiempo la imagen del lugar del que se partió se idealiza, se decanta, se sublima: la memoria es parte de la imaginación. Esta es otra forma de ser guatemalteco, ser guatemalteco inventado, porque se responde, cada vez más conforme pasa el tiempo, a una Guatemala imaginada.

Ser guatemalteco a principios del siglo XXI, por lo tanto, es ser contradictorio, vivir en un territorio ambiguo, muchas veces violento, con manchas de distintos colores que se entrecruzan pero no quieren mezclarse ni estar, como en las banderas, una junto a la otra, pacíficamente.

### **Qué es ser guatemalteco II: la dimensión subjetiva**

Dice mi querida amiga Isabel Ruiz, la pequeña pintora que se inclina sobre sus cuadros en la casa cercana al Cementerio General de Guatemala, que ser guatemalteco es como tener una mamá bola, es decir, es alguien (o algo) a quien no podemos dejar de amar pero que nos duele y rechazamos. Yo coincidí plenamente con ella; con su espíritu festivo, Isabel ha sabido dar en el clavo, desentrañar el sentimiento de amor y rechazo que siento por Guatemala.

Yo la rechazo fervientemente, diría que visceralmente, y me duelo de ser guatemalteco, de pertenecer a una estirpe que no ha sabido entenderse entre ella, que se ha desangrado a dentelladas durante años y años y nunca termina de hacerlo. Yo formo parte de ese conglomerado, tengo los vicios y las taras que no lo dejan convivir, y no quiero ser así. Fui expulsado en una de esas pulsiones macabras en las que, por oleadas, salíamos hace veinte o veinticinco años. En el revolcón que precedió a la partida cayeron por tierra algunos de mis seres más queridos. De unos me quedó una fotografía tomada a la carrera en el zoológico La Aurora. A otros los vi transitar hacia su tumba en los periódicos que me llegaron meses después. Y pasados los años veo la impunidad que se pasea oronda sonriéndonos a todos y sacándonos la lengua. La

impunidad, a veces, tiene cara de General retirado, gordo y chabacano, solazándose con lo que hizo sintiéndose seguro. Entonces no quiero ser guatemalteco.

Pero después regreso y recorro sus caminos (tan cambiados ahora), los antiguos callejones de tierra de San Felipe de Jesús en la Antigua, subo al Monte de la Cruz o veo a mi tía sentada en la silla que antes ocupó mi abuelo (la misma silla). Entonces me reconcilio. Me reconcilio conmigo mismo porque Guatemala está ahí impertérrita, dejándose amar u odiar, no le importa qué, dejando que uno se enoje o se reconcilie. Por eso uno se enoja y se reconcilia con uno mismo, con la Guatemala que lleva adentro.

Yo soy de los guatemaltecos de afuera, de los que inventamos e imaginamos, de aquellos que buscan referentes ya desaparecidos cada vez que vuelven: una esquina, la tienda donde se compraban los helados, la casa donde vivía la muchacha que nos gustaba a los quince años. Mucho ya no está o tal vez no estuvo nunca, inventado por nuestra mente febril que debió fraguar anclajes que no permitieran que nos fuéramos a la deriva. Por eso, para mí, ser guatemalteco es, en parte, una quimera.

También soy guatemalteco sin querer. A veces hablo y mi mujer me mira y dice: “¿cómo sos de guatemalteco!” A pesar mío, naturalmente, sin que me lo proponga. Y cuando le pregunto qué quiere decir con eso, me dice: “¡mirate cómo hablás, no podés ser de otra parte!” Uno es de donde es y punto. Uno es guatemalteco en una esquina lejana del mundo, sin que nadie lo sepa (y sin que tenga que saberlo tampoco), aunque algunos le regateen, a veces, su guatemaltequidad porque está lejos. Eso me ha pasado, no mucho, pero me ha pasado. Estos se sienten superiores, mejores o más buenos, no sé, poseedores de un don positivo por el hecho de vivir dentro de Guatemala. ¡Salud, por ellos! Es una contradicción más de las muchas que he mencionado.

Así están las cosas y hacia el final lo repito: ser guatemalteco es una contradicción. ☐

---

**Rafael Cuevas Molina.** Profesor guatemalteco, residente en Costa Rica. Es Director de la Maestría en Estudios Latinoamericanos (POSLATINO) del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional, Costa Rica.